

mision sobre la tierra. Los aztecas debian desaparecer del mundo, dejando á sus descendientes todo el peso de la planta que los hoyó. El mas cínico despotismo se apoderó de los restos de una generacion, y comenzó á edificar el alcázar á sus déspotas.

Las ideas, esa poderosa palanca de que el tiempo se sirve para impulsar las generaciones al adelanto, ejercian su irresistible influjo en el mundo pero al llegar al golfo de México se perdian entre las ondas, y este permanecia en la mas vergonzosa abyeccion. Preguntará el filósofo ¿por qué la idea no derrocó el muro de la opresion? y la historia le contestará: porque la España en su tenebrosa politica, tendió por doquiera sus redes de hierro, cerró los puertos al comercio con las demas naciones de Europa, estableció el monopolio, se apoderó de la enseñanza, cegó á la juventud, enclaustró las ciencias, encadenó el pensamiento, quitó el Evangelio, sublimó el código de la libertad, de las manos de los mismos que queria hacer cristianos, organizó el espionaje, cercó y aisló las ciudades para evitar la trasmision de ideas, sofocó esa gran voz de la humanidad que se llama la imprenta, sembró el terror, se apoderó de las conciencias, se puso al frente de las familias, violó el hogar doméstico y erigió, en fin, en medio de este cuadro asolador, el tenebroso tribunal de la Inquisicion. ¿Podrá brillar una chispa de libertad en este caos? ¡Ay! la mano férrea del déspota ahogaba la mas silenciosa queja. La pesada atmósfera del oscurantismo apagaba la mas tenue luz.

Si en medio de tanta postracion se levantaba una de aquellas cabezas que salen de entre las ondas de la multitud, llena de vida, juventud y entusiasmo, brillando en sus ojos el genio, baticinando el porvenir; la mano del oscurantismo humillaba esa cabeza, helaba ese genio un dia en el polo ese porvenir, y era arrancado á la metrópoli; dígalo si no Ruiz de Alarcón y otros muchos que forman hoy los mas brillantes cuadros de la galería de hombres célebres en España... y en cambio ¿qué mandaba la España á México? mandaba sus criminales, este lugar era un presidio.

Si estos hechos son una calumnia, yo no soy el calumniador, sino la historia... Sin embargo, yo me inclino respetuoso ante las muy honrosas escepciones que ella marca.

Este era, conciudadanos, el estado que guardaba nuestra patria, la opresion, ese azote de los pueblos, habia puesto su pesado trono entre los pueblos; Anáhuac sintió todo su peso, los mexicanos vivian sin patria, su honor, sus riquezas, sus mas sacrosantos intereses se hallaban á merced de los mas inmorales déspotas del mundo, sus dominadores les arrancaban sus mas inviolables derechos, y á su vista los picotearon arrojándoselos á la cara.

La razon se resiste á la evidencia. México ha perdido la cuenta de sus

opresores. ¡Fueron tantos los buitres que se cebaron en su cadáver! ¡Fueron tantos los aventureros que fundados en el derecho del mas fuerte, se repartieron lo que llamaron su herencia!

Ciento sesenta víreyes cuenta la historia de México, y todos con muy pocas escepciones, fueron otros tantos ciegos instrumentos de la tiranía del déspota coronado, que en los antípodas disponia á su antojo de millares de hombres.

Ya era tiempo, señores, que volteáramos la cara horrorizados de tantos insultos á la moral y á la sociedad, pero permitidme otro hecho nomas, otra, aunque imperfecta pincelada, que terminará mi mal trazado cuadro.

La perfidia, el cinismo y la corrupcion de nuestros dominadores, llegaron al grado de aprobar el despojo, de santificar el asesinato. ¿Puede concebirse que estos hombres sentaran en sus libros como principios canónicos: *Es lícito hacer la guerra á los indios y quitarles sus dominios, posesiones y demas bienes temporales; darles muerte si ponen resistencia para que despojados y oprimidos, puedan mas fácilmente persuadirse de la fe que se les predica?* Yo arrastro á estos hombres ante el terrible tribunal de la opinion, yo conjuro para que los juzguen, á las generaciones presentes, pasadas y futuras... el anatema universal caerá sobre ellos.

Por fin, el Eterno regulador de las naciones, dió una mirada de compasion á nuestra infortunada patria, su mano señaló el *hasta aquí* á la opresion europea, y así como en otro tiempo eligió á Moyses para libertador del pueblo israelita, su mirada no se fijó en un hombre cubierto de dignidades y honores, sino en un humilde y venerable sacerdote.

En un oscuro rincon, en el pueblo de Dolores, existia un anciano ministro de Jesucristo, humilde y benéfico, y este fué el electo del Señor, quien en Miguel Hidalgo y Costilla, encarnó la libertad del pueblo mexicano.

El pensamiento suspende admirado su curso, ante la magnitud de la empresa que el humilde sacerdote de Dolores tomó sobre sus hombros... Miradlo allí conciudadanos, elevándose de su oscuridad y lanzarse ante un monarca sanguinario y cruel: arrostrando la cólera de unos hombres que hoyaban á los pueblos para besar la mano de sus reyes, él hoyaba á los reyes para elevar á los pueblos.

Contempladlo rodeado de diez hombres, á la vacilante luz de las antorchas, con el Lábaro santo en las manos, proclamando ante los atónitos satélites de la opresion, la independencia del pueblo mexicano; la independencia, terrible pesadilla del usurpador, amenazador fantasma que hizo temblar al déspota bajo su dosel de terciopelo, estuco y oro; la independencia, palabra sobre la que se fulminó el anatema.

VER "DISCURSO" de DON
PRÓSPERO MARIA ALARCÓN,
(págs 47 a 51)

Alejandro el grande dominó al mundo, pero Alejandro tenía á su derredor millares de hombres. Napoleon pasó los Alpes, pero á Napoleon lo elevaban y sostenian sus huestes... Mas tú, Miguel Hidalgo, ¿con qué elementos contabas para llevar á cabo tan sublime empresa? ¿Cuál era la fuerza que te impulsó á la regeneración del pueblo... ¡Oh! la voluntad de Dios y la fe de tu corazón.

¡Generaciones presentes y pasadas, que habeis elevado al grado de Diosas á nuestros Césares, Scilas, Alejandro y Napoleones, doblad la rodilla ante el humilde Miguel Hidalgo!

El grito de independencia resonó por toda la tierra, el genio de la libertad tendió sus alas del Pacífico al Atlántico, y su aliento vivificador dió vida á los pueblos. Anáhuac despierta y se lanza á la pelea contra sus verdugos, el humilde labrador, de su reja se forja una espada, el hijo abandona á la madre, el amante al objeto de su culto, y siguen entusiastas al caudillo. El instinto de libertad, triunfó del hábito de la opresión ¡oh! qué espectáculo tan sublime presenta un pueblo derrocando á sus tiranos, ¡oh! qué espectáculo tan sublime presenta un pueblo comprando con su sangre su libertad... ¡Conciudadanos: loor eterno á este pueblo! ¡cesura á esos tiranos!

Tiembla, España, el pueblo á quien tanto has vejado, hoy se vuelve contra su verdugo en masa, sin armas, hoy desafia tu poder y befa tu pompa regia... Los restos de una generacion, van guiados por Miguel Hidalgo, á edificar sobre las ruinas de tu trono, una nacion libre é independiente la nacion mexicana. Genios del comercio, genios de las artes, genios de la agricultura, genios de las ciencias, venid á tomar posesion del suelo que se os conquista, traed vuestros laureles para el que rompió vuestras cadenas.

El cuadro se transforma, brilla la aurora de la libertad, las cadenas se hechas pedazos, la América es reyna, el rey Fernando VII inclina la cabeza coronada ante ella.

¡Salve Hidalgo! tu sombra aparece en este panorama con un pié en un cadalso, otro en la inmortalidad, y su mano descorriendo el velo del porvenir de México.

Libertad de mi patria, árbol santo sembrado por Hidalgo y regado con la sangre de los Allendes, Abasolos, Morelos, Guerreros y otros miles de héroes, tiende tu ramaje por el firmamento, que tu sombra cobije sus restos venerandos, que duerman el eterno sueño sobre su gloria. ¡Qué nos resta de estos hechos? ¡Ay! un patíbulo que besar, un verdugo que maldecir.

una tumba donde llorar, y una inscripcion que leer: las tumbas las arrasarán los siglos, las inscripciones serán borradas por la mano de los siglos. ¿Se perderá por eso la memoria de nuestros libertadores? No, y mil veces no, ella vivirá eternamente grabada en nuestros corazones, y este culto se transmitirá de generacion en generacion.

Conciudadanos: este es el pasado de nuestra patria, estas son las verdades que la historia, único norte que hasta aquí he seguido, nos enseña, y sin embargo, México y España celebran una sublime alianza, se dan un abrazo fraternal sobre las cenizas de sus víctimas, México olvida el nombre de verdugo, y dió á la España el de amiga, tendió su mano á los mismos que le hubieran hecho derramar lágrimas de sangre; con ellas frescas aún en las mejillas, tendió sus brazos á los españoles. Y ¿cuál ha sido la recompensa? ¡ah! doloroso es decirlo.

Esa misma nacion despertando antiguos odios, trata de invadir nuestro territorio con las armas en la mano; pero, detente España, ¿el genio del mal te ha cegado hasta juzgar fácil la reconquista? Sigue en buena hora despertando la sombra de tus Pelayos, Cides y Corteses, sigue en buena hora abrumando con dictorios á nuestro pais... nosotros despertaremos las sombras de Xicotencal, Guatimotzin, Hidalgo y Guerrero... y á tus dictorios, contestaremos con la historia de 1810 que hoy celebramos... que la posteridad nos juzgue.

La España con sus ridiculas exigencias, atropella cual siempre lo ha hecho, toda virtud, todo sentimiento noble. ¡Y qué esige de nosotros ¡ay! el mas sacrilego sacrificio, que á vosotros, gloriosos antepasados, que supisteis morir por darnos una patria, os arrojémos del templo de nuestros pechos, que pisémos vuestras imágenes santificadas por vuestra sangre, que arrojémos al olvido vuestro recuerdo. ¡Sacrilegos! no insultéis las cenizas de nuestros padres, respetad su memoria, enmudeced ante su grandeza.

Y vosotros, ilustres héroes, no palidezcais á la sola idea de nuestra ingratitud y cobardía. Los mexicanos tomaremos las armas, morirémos en los campos de batalla, solo por conservar el derecho de llorar sobre vuestras tumbas, la libertad de pronunciar vuestros nombres, y el orgullo de mostrarlos ante el mundo, grandes, heroicos é inmortales, cual supisteis hacerlos. Si nos viéramos obligados por la fuerza á tan doloroso sacrificio, á ejemplo de las antiguas tribus, tomaríamos vuestras cenizas é iríamos á los mas lejanos montes y allí recibiríais nuestros votos de veneracion, tendríais por templo el bosque, por cortinaje los antiguos robles, por pabellon el azul del firmamento, y allí á ejemplo de los scitas morirémos sobre las tumbas de nuestros padres.

VER "DISCURSO" de DON
PRÓSPERO MARIA ALARCÓN,
(págs 47 a 51)

Descendientes de Cortés venid, los descendientes de Hidalgo os esperan, traed vuestros leones, nuestras águilas están prontas al combate, traed vuestra caduca monarquía, nuestra jóven libertad la aguarda. Y tú, México patria mía, hoy hace cuarenta y siete años que inscribiste en el libro de las naciones tu nombre, con la sangre de tus hijos... ¿quién lo borrará? hoy hace cuarenta y siete años que nació tu independencia, no serás esclava, hoy hace cuarenta y siete años que Hidalgo te hizo grande, y el mundo confesará siempre tu grandeza.—DISE.



A continuación fue leída por su autor
la siguiente.

A LA RESPETABLE MEMORIA

DEL PRIMER CAUDILLO DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA

Ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla.

I.

¡Divina inspiración! ¡cándida virgen!
Ilumine tu luz mi oscura mente,
Para entonar un cántico ferviente
Que celebre de Hidalgo la virtud.
Humilde soy; pero me siento grande
Al recordar tus glorias, Patria mía,
Y embriagado de encantos y armonía
Resonará en mis manos el laúd.

II.

Hubo una tierra por su Dios bendita,
Tan pura como el lirio y la azucena,
De mil riquezas y de flores llena:
Era el perdido, venturoso Eden:
Era de Anáhuac la preciosa perla,
La Patria de aquel grande Moctezuma,
Rico tesoro, inestimable suma
Que con el tiempo debería perder.
Entusiasta Colon hallar pretende
Nuevo horizonte en la terrestre esfera,
Nuevos mundos do el astro reverbera,
Y lleno de esperanza surca el mar.
Arrostra los peligros y la muerte:
Halla por fin la tierra apetecida,
De gozo lleno, su alma conmovida
Una jolla á la España ya le dá.
Orgullosa el monarca de la Iberia
Envia un Conquistador á las regiones
Por Colon descubiertas; los cañones
Atruenan por do quiera con horror.
Y las fértiles playas del Anáhuac
De Aztecas con la sangre son regadas,
Sus templos y sus calles asoladas
Por la mano del cruel conquistador.
Con el derecho vil del poderoso
Se levantan hogueras y suplicios;
Testigos de mil grandes sacrificios
Fueron los campos y el ardiente Sol;
Hasta que al fin vencido el Mexicano
Queda á las plantas de estrangeros reyes,
Sujeto á respetar injustas leyes
Que orgullosa le dicta su opresor.
Como el pueblo de Dios allá en Egipto
Oprimido derrama triste llanto,

VER "DISCURSO" de DON
PRÓSPERO MARÍA ALARCÓN,
(págs 47 a 51)